

un western de leone

El «western» europeo —del que se ha hablado en varias ocasiones en esta columna— continúa produciéndose a buen ritmo. Si en un principio se consideraban estas obras con una sonrisa condescendiente, calificándolas de «españoladas» o «italianadas», poco a poco hubo que modificar tales denominaciones ante el «boom» industrial que supusieron. Muchos directores no hubieran realizado su segunda película de no existir la «westernmanía». Y no digamos nada de actores —ya sea americanos o europeos— que han encontrado en este género remozado en el Viejo Continente una oportunidad de trabajar que de otra forma posiblemente no hubieran obtenido. Plénesse en un Fernando Sancho —cuya popularidad es hoy día mayor en Italia que en España—, relegado a papeles de secundón y que gracias a la moda de los «westerns» ha conseguido convertirse en estrella...

La existencia de especialistas, caballistas, «indios», casas de alquiler de animales, carrozetas, diligencias, atrezzo, etc., ha prosperado en estos últimos años. Todo esto ha sido posible gracias a la explosión del «western». Naturalmente, es muy distinto hablar de esta cuestión con un actor, por ejemplo, que con un realizador. Un actor defenderá siempre esta política de producción, puesto que le permite un trabajo continuo, mejores salarios y la posibilidad de darse a conocer en el extranjero, al menos en el mercado europeo. Un realizador —hablo del que tenga una mínima inquietud artística— rechazará esta corriente porque le impide expresarse con libertad y obstaculiza la creación de un cine de entonación nacional.

Desde el punto de vista industrial, el problema es muy discutible. No cabe duda que este tipo de cine ha llegado a constituir esa producción media que hasta el momento estaba plagada de comedias y obras de este género. La calidad de unas y otras viene a estar al mismo nivel. En cualquier caso, se trata de una oportunidad de mantenerse en la profesión. Generalmente, estas películas se suelen realizar en régimen de coproducción, y así se favorecen los intercambios entre técnicos y artistas de ambos países. No cabe duda que si la corriente imperante fuera la de un cine de mayor calidad, esos intercambios también se producirían; pero el hecho es que, tal como están las cosas, el «western» a destajo los posibilita.

Nombres ilustres son reclamados para dirigir «westerns». Carlo Lizzani ha rodado recientemente en España un film de este género bajo pseudónimo. Se dice que Pier Paolo Pasolini va a realizar uno próximamente. Será interesante ver qué es lo que puede resultar de estas experiencias. En España aún no se ha dado el caso de que ningún director de prestigio haya sido llamado a tal fin. Los directores españoles que hasta ahora han hecho «westerns» los han hecho igual que hacían antes comedias costumbristas o comedias con niño: mal.

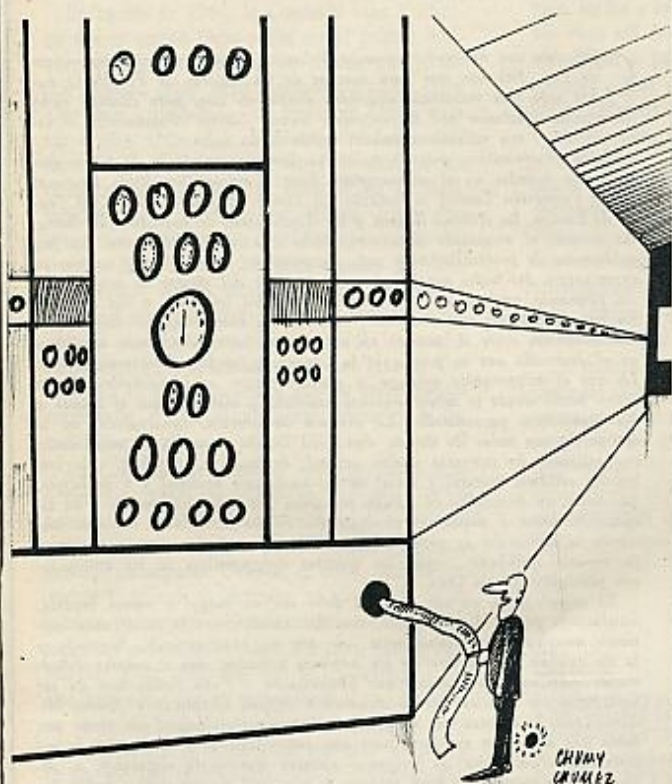
Pero puede darse el caso de un director que se haya formado casi exclusivamente en el «western» latino. Adquirir la experiencia en este género puede ser peligroso, en cuanto se trata de un tipo de cine desarraigado de la realidad nacional en la que se produce; al abandonar el género y tratar otro más conectado con la realidad circundante, puede correrse el riesgo de no poder adecuar esa experiencia —forzosamente condicionada por unas convenciones establecidas— a un tratamiento realista.

Sergio Leone es un realizador italiano que se ha hecho un nombre con el «western». El último realizado por él se exhibe actualmente en España: «La muerte tenía un precio», y es un buen ejemplo para ilustrar todo lo que va dicho. Profesional, stajanovista del «western», Leone ha adquirido una soltura, una habilidad, que no tiene nada que envidiar al mejor especialista de Hollywood. Salvo que algunos de los actores —entre los que hay varios españoles— nos resultan forzosamente familiares en otro tipo de películas europeas, al film podría pasar por cualquier «western» americano de buena factura.

No hay una trama propiamente dicha. Lo que le interesa a Leone es la acción por la acción, y cada secuencia empieza y acaba en sí misma; así se consigue una enorme concentración dramática y más que el desarrollo de la narración nos interesa la sorpresa —siempre violenta— que pueda depararnos cada nueva escena. Pero a pesar de no haber una preocupación por la trama, el argumento de «La muerte tenía un precio» no deja de ser curioso: cuenta la historia de dos hombres que se ganan la vida persiguiendo y matando, para cobrar la recompensa, a pistoleros cuya cabeza está puesta a precio por la justicia. Los dos hombres acabarán poniéndose de acuerdo para acabar con El Indio, un peligroso bandolero.

La elección de los actores ha sido adecuada: Clint Eastwood —especialista de otros «westerns» de este tipo—, Lee Van Clief —uno de los pistoleros de «Solo ante el peligro»— y Gian Maria Volonté —el magnífico actor italiano—. Una estupenda fotografía de Massimo Dallamano —el operador de «Los Tarantos»— es otro de los datos positivos de la película; que como, rodada con bastantes medios y con indiscutible talento por Sergio Leone.

JESUS GARCIA DE DUENAS



—¿Do you speak english?



—En realidad, esta gente no es perfecta: no tienen respaldo.